El Poder de la Unidad // Miguel Díez

El amor a Dios y el dolor de los hijos pródigos

Amar a Dios con todo el corazón, alma, mente y fuerzas es la aspiración máxima de todo creyente, aunque todos somos conscientes de nuestras limitaciones. Este amor no se mide por perfección inmediata, sino por el anhelo constante de buscarlo y permitir que Él transforme nuestro corazón. Sin embargo, el camino de la fe también está marcado por la tristeza y el dolor, especialmente cuando los hijos espirituales se alejan. La experiencia de ver a quienes se han rendido, retrocedido o decidido apartarse de Dios es profunda y desgarradora, y su impacto se intensifica cuando este alejamiento ocurre dentro de la misma familia. Como se observa en la historia de Israel, el corazón del Padre clama por el regreso de sus hijos, y el dolor del alejamiento de un hijo pródigo refleja el amor inquebrantable y la paciencia de Dios.

La gracia de Dios y la unidad en el ministerio

Una de las manifestaciones más sorprendentes de la gracia de Dios es la unidad que se produce entre quienes sirven a Cristo. Esta unidad trasciende edad, nacionalidad, idioma o posición social y se refleja en la vida cotidiana del ministerio: oraciones compartidas, clamores, sufrimientos y apoyo mutuo en necesidades materiales y espirituales. El Espíritu Santo mueve a los creyentes como un solo cuerpo, permitiendo que cada uno actúe con rapidez y amor cuando surge una necesidad. Ser llamados amigos por Jesús, en lugar de solo hermanos, refleja la profundidad de esta unidad: no se trata

de una etiqueta religiosa, sino de una conexión real, activa y tangible que fortalece y protege al pueblo de Dios frente a los ataques y dificultades. La unidad se convierte en un milagro que no solo sostiene el ministerio, sino que también testifica al mundo del poder y la presencia de Dios.

La santidad y la consagración del pueblo de Dios

Dios llama a su pueblo a ser santo y apartado, a no contaminarse con los muertos espirituales. La consagración no es solo un ideal, sino una práctica diaria: aquellos que han experimentado la bendición de Cristo y, aun así, pecan voluntariamente, se separan de Él y regresan a la muerte espiritual. Jesucristo nos rescata y nos injerta en su olivo, pero la infidelidad y la desobediencia pueden desarraigarnos nuevamente. Por eso es vital comprender la autoridad espiritual que Dios otorga a su pueblo, para discernir, restaurar y mantener la santidad. Esta autoridad no busca poder personal, sino proteger al cuerpo de Cristo y garantizar que la vida de la iglesia permanezca íntegra y fiel al propósito divino.

La familia de Dios: diversidad y unidad en Cristo

Ser parte de la familia de Dios implica reconocer que todos los creyentes, sin importar raza, edad o nacionalidad, son hijos e hijas adoptados por el Señor. Esta unidad se refleja en la diversidad de su pueblo, desde familias adoptivas hasta congregaciones de distintas culturas, donde el amor y el apoyo mutuo superan cualquier diferencia. La promesa hecha a Abraham de que su descendencia sería bendición para todas las naciones se cumple hoy a través de la iglesia, donde todos los creyentes forman un solo cuerpo en Cristo. Dios hace habitar a los desamparados en familia, integrándolos en un cuerpo espiritual donde cada miembro tiene un lugar y una función,

trabajando juntos en armonía y con propósito.

La comunión de los santos y la vida compartida

La comunión de los santos es más que un ritual: simboliza la unidad tangible entre los creyentes. Actos como la celebración de la santa cena recuerdan que compartimos un mismo pan y una misma sangre, que representan el cuerpo y la sangre de Cristo. La verdadera comunión implica conciencia, comprensión y respeto por el significado profundo de estos actos. Esta unidad se asemeja a la de un matrimonio, donde dos se hacen uno, y a un cuerpo, donde cada órgano cumple su función mientras recibe y comparte lo mismo. Ser parte del cuerpo de Cristo es un privilegio que conlleva responsabilidad: trabajar juntos por amor, servir mutuamente y ser instrumentos activos de la voluntad divina.

La meta: unidad, madurez y plenitud en Cristo

El objetivo final de la unidad espiritual es alcanzar la madurez plena en Cristo, creciendo en fe, amor y conocimiento de Dios. Según Efesios 4, Cristo constituyó apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para perfeccionar a los santos y edificar el cuerpo de Cristo. Este proceso nos conduce a la unidad de la fe y a la medida de la plenitud de Cristo, donde los creyentes comparten una misma confianza y esperanza en Dios. Como Job, el creyente maduro busca conocer a Dios de manera íntima, sin intermediarios, permitiendo que el Espíritu Santo revele su presencia y enseñanzas en la vida cotidiana.

La oración de Jesús y el testimonio de

unidad

Jesús oró por todos los que creerían a través de la palabra de sus discípulos, para que fueran uno como Él y el Padre son uno. Esta unidad no es solo interna, sino que también sirve como testimonio para el mundo: un pueblo unido demuestra que Dios envió a Jesús y que su amor es real. La misión de Dios ha unido a miles de siervos en los cinco continentes, mostrando que la unidad espiritual no es un ideal lejano, sino un milagro activo y posible. Para lograrlo, es necesario servir con humildad, paciencia, mansedumbre y amor, manteniendo la paz y el vínculo del Espíritu Santo, evitando la división y fortaleciendo la obra del ministerio.

Entrega personal y clamor por la voluntad de Dios

La respuesta de cada creyente al llamado de Dios debe ser un “heme aquí, Señor”. Se trata de permitir que Él dirija la vida, la familia y el ministerio, confiando en que solo bajo su guía se pueden producir milagros y mantener la unidad. Esta entrega implica humildad, obediencia y disposición a servir, incluso en circunstancias difíciles. La verdadera unidad solo puede lograrse cuando cada corazón se alinea con la voluntad de Dios, y es a través de esta unidad que se demuestra al mundo el amor y poder de Cristo.